

Carta a Ron Mueck

Francisco Hernández

Señor Ron Mueck:

Usted, respetuosamente, colgó de las patas
a un pollo desplumado de más de dos metros de largo
(¿así se dan en Australia?) y también respetuosamente
lo tituló *Naturaleza muerta*.

Se alcanzan a ver con claridad las uñas,
las alas inservibles, algunos restos de plumas
al final del pescuezo, la fortaleza del pico,
las pupilas fijas y la cresta con su color intacto,
dispuesta a saludar al sol en su salida.

Pero, ¿qué hubiera sucedido si lo sujeta vivo
por el cuello, con sus plumas intactas
y usted se hubiera visto obligado a reproducir
su agonía, sus párpados de cal, sus patas contraídas
y sus postreros excrementos?

Bueno, no importa, señor Mueck.

Lo que me gustaría es que me inmortalizara
matándome de la mejor manera.

Porque si yo me cuelgo no seré una obra de arte:
mi lengua bisbiseante saldrá retorcida
por un lado de la boca, mi cuello se dislocará
y mis ojos quedarán atornillados al vacío
de la vida vivida, donde se notará mi desprecio
inútil hacia ella.

Perdóneme que insista, señor Mueck:

¿debo morir como Mussolini
colgado de los tobillos o ahorcado
como Gérard de Nerval?

¿Merezco la muerte de un poeta
o la de un fascista?

Espero su respuesta. Mientras tanto seguiré acurrucado
junto al cadáver de mi padre o a la deriva,
sin alas y sin plumas,
en el bote que a diario cruza
del Museo Pacífico al Museo Atlántico
y del Dolor Rojo al Dolor Negro.



Ron Mueck, *Naturaleza muerta*